

TODO VOLVIO A LA NORMALIDAD



El Salvador estuvo en paro los días martes y miércoles. En esos días y a invitación de la Coordinadora Revolucionaria de Masas se paralizó casi totalmente -según los observadores más veraces por encima del 70%- la actividad productiva del país, la actividad laboral en las fábricas, en el transporte, en la enseñanza, en el sector público, en el sector comercial. Tras ese paro nacional, el más importante y significativo probablemente de toda la historia de El Salvador, uno de los miembros de la Junta Revolucionaria de Gobierno prometió el mismo miércoles y animó para que desde el jueves todo volviera a la normalidad.

Y efectivamente el jueves todo volvió a la normalidad. Salieron los buses, abrieron comercios y fábricas, se trabajó en los colegios y universidades. Pero al mismo tiempo volvió la represión con la misma normalidad, con las mismas formas, que antes del paro. Como si el paro nacional no hubiera supuesto nada o, con mayor probabilidad, porque el paro nacional supuso demasiado para ese centro de poder que no son los civiles en el Gobierno y no es la oposición. Ese tercer centro de poder que tiene su corazón en el capital y que tiene su fuerza mortífera en algunos de los sectores de la Fuerza Armada y de los Cuerpos de Seguridad.

Con el pretexto de catear La Fosa se desató ayer un operativo sangriento. Qué causalidad. La Fosa limita casi con la Universidad de El Salvador y en la Universidad de El Salvador se reunía ayer la Coordinadora Revolucionaria de Masas, la organizadora del paro nacional, para explicar a periodistas nacionales y extranjeros, los resultados y el significado del paro nacional. Esta intervención militar dio lugar a dos acontecimientos muy importantes.

El primero y más importante desde un punto de vista humano y cristiano la masacre de más de 25 personas en La Fosa con ninguna baja por parte de los militares. Testigos presenciales aseguran de la crueldad sin límites con que se mató, superando todo lo que requerido para hacer un cateo racional. La historia explicativa



fue la de siempre. Los cuerpos de seguridad fueron provocados y no les quedó más remedio que defenderse. Pero contra las palabras están los hechos: ninguna baja de los cuerpos de seguridad; más de veinticinco cadáveres de los vecinos de La Fosa. La masacre continuó más tarde en el Instituto Nacional, frente a la Universidad, donde testigos presenciales vieron cómo la guardia mataba a por lo menos tres jóvenes, que se entregaron indefensos y que gritaban: no nos maten, somos cristianos, somos hijos de Dios como Vds.

El segundo acontecimiento fue la intervención de la Universidad Nacional. Tras la intervención de Lemus, tras la intervención de Molina, le ha tocado a la Democracia Cristiana el triste honor de apadrinar la tercera intervención militar de la Universidad de El Salvador, allá donde estudiaron tres de los miembros de la actual Junta Revolucionaria de Gobierno. Los pretextos los mismos que tuvieron Lemus y Molina y que fueron rechazados por los que hoy están en el Gobierno. La Universidad de El Salvador se ha convertido en reducto armado de la subversión, en un Estado dentro de otro Estado. No negaremos nosotros que se hayan cometido abusos en la Universidad de El Salvador, pero mucho de lo que consideran los militares como abuso no lo es.

Cuando en el país no hay lugar seguro para la oposición política; cuando se masacran sindicalistas, maestros, sacerdotes, campesinos; cuando se impide el derecho constitucional de reunión, hay que buscar un lugar donde protegerse de la muerte, donde poder reunirse para planear acciones. Lo que de armas puede haber en la Universidad es una ridiculez, frente a la proximidad del cuartel San Carlos y frente a la desigual ventaja de las tanquetas y de los tanques, de los helicópteros artillados. La Universidad en el mejor de los casos puede hostigar, pero ni siquiera puede defenderse. Consideramos que es un error que haya armas en la Universidad, pero este error no justifica una intervención, que no busca sino aterro-



rizar e impedir que se desenvuelva la oposición, que ha mostrado en el paro nacional tener un respaldo popular enorme y una valentía a toda prueba.

Para hoy se anuncia un cateo y se reclama hipócritamente la presencia de las autoridades universitarias, del Arzobispado. Si ya catearon ayer durante largas horas y no parece hayan encontrado gran cosa, ¿para qué catean hoy? ¿Qué seguridad hay de que durante la noche ~~han~~ no han introducido armas y toda otra cantidad de pruebas contra la Universidad? Es una práctica común en los cuerpos de seguridad. Por eso todo lo que encuentren hoy carece de valor probatorio, a no ser que aparezcan instalaciones que no hubieran podido ser preparadas en tan corto espacio de tiempo.

Vivimos ciertamente tiempos sumamente anormales, donde las instituciones tienen que ampliar su radio de acción, para ejercer una labor supletoria que es necesario realizar. La Iglesia tiene que ofrecer lugares de refugio a gente del campo que huye despavorida; la Universidad tiene que ofrecer lugar de reunión a quienes más están trabajando por el pueblo y a quienes el pueblo les ha otorgado en parte al menos su representación. Pero esta anomalía no justifica que desde el poder del Estado se cometan arbitrariedades, que sólo causan repudio dentro y fuera del país. ¿Cómo va a haber moderación en la oposición cuando desde el Estado se comete toda suerte de injustificadas acciones violentas?

Se nos dice que se ha vuelto a la normalidad. ¿Es normal la matanza de La Fosa? ¿Son normales los 200 muertos que llevamos en estos cinco días? ¿Es normal el allanamiento de la Universidad Nacional? Si esto es normal que venga Dios y lo vea, que Dios nos encuentre confesados. Mal, muy mal va el país, cuando se convierte en ~~en~~ usual tal suerte de atrocidades. Y no vamos a mejor sino que vamos a peor.

27-Junio-80